

A sietecolores no le entran las balas

Sergio Otálora Montenegro

El presente artículo es inspirado en el trabajo de grado del autor Sergio Otálora Montenegro, titulado "El bandolerismo 1959-1965 como fenómeno social que devela comportamientos, prácticas y usos del espacio de las culturas populares, presentado en septiembre de 1986, el cual obtuvo un puntaje de 290 sobre 300"

Director: Rafael Torrado

Correctores: Miguel Gómez y Fernando Vásquez.

"La violencia es un microorganismo anidado en la entraña social de Colombia en cuyo diagnóstico han encallado los científicos y en cuya profilaxis han fracasado los políticos".

Los años del tropel. Prólogo de Alejandro Angulo. Bogotá, 1984

El hombre está rodeado. Su destreza proverbial en el manejo de la ametralladora hace que todavía —son las siete de la noche— no lo hayan podido dominar. Porque, además, el hombre está solo, enjaulado en un casalote del barrio San José, al sur de Bogotá. Es como una fiera que no quiere dejarse coger, pues sabe que si la suerte le es adversa es el fin de todo. Van cuatro horas de combate, y nadie se explica cómo ni los fusiles, ni las explosiones, ni los impactos descomunales de los cañones de cuarenta milímetros han logrado menguar el coraje de ese rufián que vienen persiguiendo desde que su imagen se convirtió en leyenda a lo largo y ancho de la geografía nacional. Para algunos, es el malhechor más buscado del país. Para otros, una buena presa: ofrecen por su captura, vivo o muerto, doscientos mil pesos. Y para muchos, es un bandolero, un héroe, un brujo que posee el don sobrehumano de convertirse en árbol cuando el peligro es inminente. Y lo es. En cualquier momento puede ser el desenlace de esa desigual confrontación. Ya hay fatiga: del teniente coronel Matallana, que juró ante la opinión pública que si el facineroso se le escapa, renuncia a su cargo de militar destacado; de los espectadores, que han seguido la acción a escasos cien metros de la contienda y protestado sin tregua por una acción que consideran atrabiliaria e injusta; y del fugitivo, que sabe que es tiempo de aprovechar la oscuridad para huir hacia las montañas. Pero a las siete y cuarenta minutos de la noche del día nueve de Junio de mil novecientos sesenta y cinco, en cumplimiento de un destino ya trazado (a eso le llaman *morir en su ley*) Efraín González, alias Sietecolores o don Juanito, es acibillado por una ráfaga de ametralladora de un soldado que lo sorprendió cuando intentaba escapar. Al hombre de carne y hueso, mortal como cualquiera de nosotros, sí le entraron las balas. Pero a Sietecolores, el fantasma legendario, nunca le entraron. Porque era un mito, y desde siglos sabemos que los mitos están condenados a vivir eternamente.

El último de los miembros del "Imperio bandolero" había desaparecido, y tras de sí dejaba grabado en la memoria de cientos de campesinos un ambiguo sentimiento de rechazo y de admiración; de simpatía y de repudio por unos sujetos que cometieron crímenes sangrientos, pero también fueron la defensa armada contra la agresión. Habían sido hombres y mujeres desarraigados que se largaron al monte en el preciso instante en que las fuerzas de choque del Estado empezaron su tarea de exterminio: la violencia partidista de los años cincuenta arreciaba, y Chispas, o Sangrenegra, o el Capitán Venganza, o Desquite, al ver cómo masacraban a sus seres queridos e incendiaban sus bienes, juraron tomar venganza, y desde 1958 hasta 1965 Colombia presencié una de las movilizaciones sociales más grandes del continente que, según el historiador Eric Hobsbawm, supera en número y en capacidad desestabilizadora a la gesta campesina de la Revolución Mejicana.

Y tal apreciación no era gratuita. Dicho investigador había encontrado un panorama desolador en los albores de la década del sesenta. Unas cuadrillas de sediciosos protagonizaban cruentos choques con el ejército y genocidios perpetrados contra la población civil. Sin embargo estos bandoleros también tenían la

solidaridad de enormes masas campesinas y de gamonales bipartidistas que los apoyaron por razones de táctica electoral. Era, pues, un contingente de desarraigados con un estilo de hacer la guerra muy diferente del que, pocos años después, surgiría con las FARC, el ELN y el EPL. No había detrás de todo una justificación ideológica articulada, ni una estrategia global, ni estratagemas calculadas al calor del foco guerrillero y del voluntarismo propio de la época. No tenían simpatías ni antipatías internacionales, pues su motivación última había sido elemental pero definitiva: hacerle el quite a la muerte.

En ese proceso, sus acciones estuvieron marcadas por la retaliación y la venganza, no por un calculado plan para tomarse el poder. Tenían, eso sí, una sensibilidad torturada, un profundo resentimiento que les hacía entender que esa vida desesperanzada era fruto de la injusticia, del atropello. No sabían nada más, pero era suficiente para que con el correr de los años esos bandoleros fueran adquiriendo agudeza política. Por ejemplo: Chispas tuvo contactos con la línea dura del MRL; Pedro Brincos con el MOEC y el FUAR; Efraín González con la ANAPO, que se perfilaba como un movimiento de enorme arraigo popular.

Pero también se desesperaron. Y ahí, en ese terrible instante, cuando los gamonales los abandonan pues ven en estos aliados un peligro político inminente, cuando se sienten cercados por el ejército y delatados por los campesinos víctimas de los abusos de las cuadrillas, cometen las acciones que quedaron anidadas en la memoria colectiva como hechos macabros, de inusitada violencia y sadismo. Estaban sin control; en una terrible orfandad política. Habían sido traicionados.

En 1965 los grupos de bandoleros más numerosos los habían extinguido. Capitán Venganza, Desquite, Sangrenegra, Chispas, Pedro Brincos, Minuto, Balaperdida, con sus huestes de parias, resistieron las hostilidades de las Fuerzas Armadas, y en esos actos de astucia casi sobrehumana, impactaron el imaginario de cientos de miles de gentes del campo y de la ciudad. Otra batalla venía después del arrasamiento de los malhechores: la lucha armada contra el sistema. Pero el recuerdo del bandolerismo quedaría en la conciencia de los humildes para siempre.

II

En medio de esos siete años de desarrollo y muerte del bandolerismo, experiencias, prácticas, usos, mitos, fantasmas, signaron la conciencia colectiva e individual del pueblo. Aquellas expresiones estaban en los periódicos, en los sumarios que se siguieron para juzgar a esos *asociados para delinquir*, en los recuerdos de los protagonistas, en otras palabras, en la tradición oral de cientos de habitantes de El Líbano, de Marquetalia, de Cachivenao, de Chiquinquirá, de Armero —por desgracia, el lodo sepultó testimonios invaluable de testigos

privilegiados del fenómeno bandolero— de Ibagué ... El facineroso, como sujeto social, generó un proceso cultural sin parangón en la historia de Occidente. No era equiparable a los cangaceiros del Brasil, ni a los anarquistas españoles del siglo XIX, ni a los bandidos de la Edad Media. Era un producto sui-géneris; por lo tanto, original. Pero fue subestimado. No por la muchedumbre, que lo vivió, lo sufrió y lo reinventó, sino por la investigación racionalista. El colonialismo científico sustentaba cierta soberbia política.

Veinticinco años de estudios sobre la violencia en Colombia no arrojan otra conclusión: no hay un esfuerzo real por entender que nuestros acontecimientos sociales no son susceptibles de ser explicados a través de modelos teóricos cerrados, tal vez con un mínimo de reciclaje por parte de los estudiosos, pero con su propuesta epistemológica intacta. Hemos presenciado, durante estos cinco lustros, una gran exhibición de lo que es una ciencia sin sujeto, sin hombres de carne y hueso, sin dramas ni melodramas. Sin muertos de verdad. Hay una infinita cantidad de investigaciones sobre la tenencia de la tierra como estructura económica; sobre el Estado como estructura jurídico-política; sobre los partidos como estructuras de mediación con el gobierno y su "aparato de dominación de clase". El estructuralismo marxista y el funcionalismo parsoniano marcan esta trayectoria. Ni la sociología, ni la economía, ni la historia, ni la comunicación, han escapado a este enorme *obstáculo epistemológico*; a esta nociva *moda intelectual* que nos ha puesto a teorizar sin referentes sustentados en nuestro suelo. Es una sucesión de aparatos que se interrelacionan, se determinan y se oponen bajo la tutela segura de las estadísticas.

En toda esta monumental recopilación de datos, cifras, documentos, ¿Dónde estaba la gente? ¿Qué se habían hecho los campesinos, las mujeres, los niños? ¿En qué lugar estaban las víctimas de la irracionalidad, los políticos bipartidistas, los curas? ¿Había sido Chispas un ser de verdad, o sólo una invención más de la plebe? ¿Quiénes eran los actores de todo esto? ¿Por qué se habían matado doscientas mil personas; qué pensaban; tenían acaso esperanzas? Silencio absoluto. Los investigadores, a pesar de sus firmes convicciones de que "la historia la hacen los hombres y de que son ellos los que la transforman", en la práctica los ponían como espectadores pasivos y, en el mejor de los casos, como precarios actores de reparto determinados por colosales mecanismos de opresión: la ideología, el Estado, el capitalismo. Tragedia inapelable.

III

Entre tanto, en lo que se refería a la reflexión teórica de la comunicación, importantes etapas se habían superado, y nuevos problemas surgían. En aquella disciplina, como en el resto de las ciencias sociales, también se realizaron

muchas investigaciones estructuralistas, en especial sobre lo concerniente a los análisis de contenido basados en "lecturas" semióticas con el fin de "desenmascarar" la dominación ideológica. Esta tendencia marcó una época, y tuvo consecuencias prácticas: como el escollo esencial se hallaba en el mensaje, era imperante construir otro tipo de lenguaje que fuera un muro de contención que no dejara pasar los contenidos espúreos de las transnacionales de la información, de los poderosos medios electrónicos y de la llamada Gran Prensa. El auge de los medios alternativos, entonces, era el resultado del apocalíptico diagnóstico. Había que contrarrestar los efectos nocivos de la ideología dominante y arrancar del atraso y de la manipulación a cientos de miles de inermes ciudadanos.

Y aquí, como en los estudios de la violencia, varias preguntas quedaban excluidas de plano: ¿Quién era el receptor? ¿Cómo su relación con la "industria cultural"? ¿Qué sentía y como discurría su experiencia cotidiana? Nada de eso se sabía, y tal vacío llevó a que las luchas por cambiar la realidad se chocaran una y mil veces contra un cerco de sujetos desconocidos. Parte fundamental de la existencia se escapaba por las fisuras que abrían las limitaciones de los modelos teóricos. Había que volver a pensar la sociedad.

Como lo afirma García Canclini, el descubrimiento de pueblos nuevos, de individuos hasta ese momento enigmáticos, de culturas disímiles, hacía estallar no sólo los antiguos elementos teóricos para asumir el entorno, sino las mismas concepciones sobre democracia, poder, Estado, dominación, *imperialismo*. La identificación de movimientos sociales que surgían al margen del proletariado o de los partidos revolucionarios en trance de vanguardismo, producía conmociones epistemológicas en este continente.

Ante estos derrumbamientos, ante un pasado y un presente vistos con la óptica de la fatalidad, era preciso reescribir la historia. Ya no de las apabullantes estructuras, ni de las colosales mutaciones sociales, ni de las continuidades y series, sino de lo que se cocinaba al margen, de lo que no se veía a primera vista, de lo sepultado por considerarse un exabrupto. Historia, entonces, hecha de veras por las masas y por los individuos; que se refiriera a sus prácticas, a sus experiencias históricas, a sus pequeñas y grandes gestas, a sus debilidades, a sus agonías, a sus fracasos, a sus muertos. La base fuerte para abordar los procesos humanos como dinámicas siempre cambiantes y complejas, la daba la cultura, instancia que nos ponía en perspectiva histórica el discurrir de los núcleos humanos.

A partir de estos desplazamientos teóricos, el bandolerismo era una justificación para estudiar las prácticas, comportamientos y usos que generó como fenómeno cultural en dos terrenos específicos: la prensa y los sumarios.

IV

Para empezar, había que leer la prensa en positivo, es decir, en cuanto material mínimo que tanto las cuadrillas como sus simpatizantes usaron para reconocerse, para poseer un archivo mínimo de sus acciones. Además, cayó en la trampa: sin quererlo, mitificó al bandolero.

Los medios escritos acudieron a los más disímiles recursos para desactivar la verdadera historia del bandolero; para hacer de su personalidad y de su vida una mezcla de cobardía y arrojo; para desprestigiar su aura de héroe dentro de las clases populares y así evitar al máximo la propagación del mito: *que a siete colores no le entraban las balas*. Por eso, en el cuadro desolador de la información sobre los *ejércitos de la muerte*, lo que se aprecia siempre es una profunda ambigüedad y un calculado interés por echar mano de los más disparatados hechos con el fin de fabricar una imagen sangrienta de esos hombres que, en resumen, para el discurso oficial, lo único que hicieron durante su transcurso vital fue violar, asesinar y destruir los modos de existencia del campesinado.

El pueblo era considerado como una amorfa muchedumbre sin Dios ni Ley que, durante los siete años del "imperio bandolero", demostró su vesania y su capacidad de exaltación de unos sujetos que les asesinaron sus seres queridos y les saquearon sus propiedades. Era inexplicable. Nadie podía entender el apoyo que el campesinado daba a una caterva de genocidas. Sin embargo, apoyaron a esos criminales, y día tras día creció la admiración y la leyenda. La prensa, ante ese peligro, puso a andar a toda marcha los diferentes dispositivos de control de lo real. Empezó refuncionalizando la historia del bandolero: su génesis, su carácter, su visión del mundo.

Pero tuvo que jugar esta carta en un terreno movedizo e inseguro: la ambigüedad. Ambigüedad del período histórico, de los sujetos y de los conglomerados sociales que la construyeron y la sufrieron. La prensa fue atravesada por la indeterminación de la personalidad del bandolero, de su soporte de masas que lo delató pero también lo tuvo en su santoral y de una etapa de transición en la que los bandoleros estaban sumergidos en un proceso de radicalización política. La prensa no pudo conjurar esos fantasmas, y a la final su discurso fue erosionado por la misma historia.

Su objetivo fue el de buscar la legitimidad, el de recomponer el consenso vulnerado por el ambiente enrarecido de la guerra. Pero esa misión entraba en un escenario colmado de tensiones. Así, la **leyenda negra** del bandolero, por ejemplo, quiso erradicar de la memoria colectiva el sentimiento mágico hacia los bandidos, y apuntalar una imagen asesina y cruel. El resultado fue adverso: hubo admiración —no excenta de repudio— consolidada por los mensajes de los periódicos. Dejaron, pues, la información mínima para reconstruir, de una

manera fragmentaria e interferida por el discurso de la "massmediación", de lo que fue el **melodrama de la violencia**: madres llorando sobre el cuerpo yermo de sus hijos bandoleros; novias abandonadas por el hombre aventurero; amores tormentosos que terminan en la delación; recetas de hechicería para burlar al enemigo; poemas pergeñados en una noche sin atafagos; mujeres octogenarias que, en los lunes de difuntos, depositan rosas frescas sobre las tumbas de sus frustrados redentores ...

Tenemos, en síntesis, la puesta en escena de dos culturas antagónicas pero influidas mutuamente, y tejiendo hilos invisibles de interrelaciones, de circularidades. El sentido no es, por lo tanto, el resultado de una operación simbólica y referencial de los signos, sino el espacio histórico y cultural desde el cual las prácticas discursivas significan y construyen una realidad determinada *.

* * *

Los sumarios que le siguieron a los jefes de cuadrilla, a sus miembros y a los campesinos cómplices, son una forma de memoria colectiva petrificada en los archivos de las instituciones penales. Son, por lo tanto, una voz filtrada por el poder que siempre estuvo al acecho de cualquier debilidad, de cualquier contradicción para culpar a esos hombres y mujeres que no tuvieron otra alternativa que librar las batallas cotidianas por el símbolo en un terreno siempre ambivalente y frágil.

La lucha fue desigual pues para la hegemonía el viejo precepto de que toda persona es inocente hasta que no se le demuestre lo contrario, no iba más allá de un insulso formalismo del derecho inútil al aplicarlo en condiciones azarosas que urgían muchos condenados para demostrarle a la sociedad civil que la dominación no era en abstracto, sino una energía avasallante y omnímoda. Inexpugnable. Pero no mucho: las mismas contradicciones en las que incurrió, la indeterminación del lenguaje y las prácticas culturales erosionaron el "aparato" penal.

La ley no fue esa neutral institución donde se iban a dirimir los conflictos entre los ciudadanos. No se erigió en tribunal imparcial para castigar a unos sujetos que habían transgredido las normas de la "convivencia colectiva", pues sus mecanismos de hecho estaban impregnados, por todos los costados, de la lógica del poder que, a través del lenguaje penal, imponía su racionalidad y su concepción de lo que era el delito. Era una maquinaria que a lo largo y ancho de su funcionamiento afrontó impugnaciones, no sólo del campesino que se defendió con las estratagemas que le indicaba su intuición, sino de los propios abogados que, al esgrimir la alquimia de la norma, invalidaban las decisiones de los jueces; y la dominación jurídica se enfrentaba a una realidad que la minaba desde dentro.

* Al respecto, ver Reggiori, D. Michel Foucault: las rupturas del sentido. Revista Texto y Contexto. Universidad de los Andes. Nº 8, 1986.

La acción del poder, materializada en las prácticas discursivas, no es monolítica ni homogénea. Es vulnerada en el mismo lugar de expresión de la ley —el proceso judicial— y en su contacto conflictivo con la cultura de las clases subalternas. Y en ese choque, lo jurídico deviene en terreno de confrontación, de seducciones o, en situaciones delirantes, de agresión física. Entra a ejercer su papel en un escenario donde es impugnado y su sentido en parte destruido.

Los sumarios nos dejan ver sólo problemas, nos interrogan más allá de su misma significación porque hay vacíos, enormes incertidumbres que los protagonistas consignaron en cientos de preguntas *capciosas* y miles de respuestas que no ofrecen pistas para reconstruir, en su mayoría, la trama cultural y la historia del bandolero contada por los actores directos e interferida por las voces monocordes de la hegemonía. Sin embargo a través de los testimonios emergen los elementos propios de la clase subalterna, pero quedan a medio camino pues la necesidad de sobrevivir a las continuas hostilidades, hace que el discurso siempre esté a la defensiva, escamoteando los señalamientos arbitrarios y los prejuicios construidos por un deliberado desconocimiento de las situaciones concretas en las que surgen los grupos campesinos en armas; evadiendo las inculpaciones gratuitas por medio de la mentira, del ocultamiento o de la complicidad con los *sediciosos*; impugnando, a su vez, el *modus operandi* de la ley con confesiones que han sido arrancadas por la agresión y después invalidadas por el formalismo de la norma que, en muchos casos, desvirtúa todo un montaje procesal, pues, desde la base, está viciado con declaraciones falsas, o descripciones inventadas por terceros para implicar a personas inocentes.

Las mediaciones culturales, las tácticas, las pulsiones —en suma, la racionalidad de una cultura— surgen a través de textos que hay que leerlos siempre desde la perspectiva de la enorme ambivalencia de sus significados, pues jamás el discurso del poder es uno solo: es diverso, cambia de máscaras, de tonos, de gestos. Varía según las circunstancias históricas. Ahí halla su capacidad de dominación, pero también su lenta agonía.

Ante la evidencia de que el poder fue vulnerado desde su propio escenario y de que tuvo que entrar en un peligroso juego de contrasentidos, una *verdad secular* e incontrastable se derrumba: que el pueblo fue sometido a la maquinaria del Estado y que bajo su égida, el oprobio fue absoluto. La rebeldía, así, no fue determinada sólo por la crisis de un modelo, o por la ausencia de un aparato, sino por la interacción social, por la moral, por la herencia, por las conductas que marcaron, día tras día, el rumbo de la existencia de cantidades enormes de personas.

El discurso de la prensa y el de los jueces —el de la práctica legal— conectaba sin ninguna incoherencia con la *verdad histórica* que en esos instantes cruentos se quería imponer. El bandolero, en fin, era el resultado de una mente perturbada, de un país violento, no por condiciones sociales de miseria, sino por motivos naturales: una raza misteriosamente pependenciera.

V

Por medio de la cultura, y en particular de la investigación sobre el bandolerismo, varias percepciones surgen como decantación de una metodología y un cuerpo teórico sometido a la dura prueba de los documentos, de los testimonios, es decir, del bagaje empírico que devela una ínfima parte de realidad.

De entrada, lo que se logra entender en el transcurso de la reflexión sobre estos fenómenos sociales, es la imposibilidad de dar la versión *definitiva* de los hechos. Hay sólo acercamientos, mínimas verdades en torno de un universo inasible. Verdades, además, que son pequeños trozos de existencia, pues ésta como tal es imposible de aprehender. Desde Foucault sabemos que la ciencia no es un proceso ascético ni desprevenido; que la vieja dicotomía sujeto-objeto arrastra en su revés dosis altas de poder; que los valores cultural e históricamente vigentes determinan un cierto régimen de lo visible, de lo real, en contraposición con aquello que queda oculto por ser diferente, *anormal*; que existe un *episteme* que, en buen romance, determina las condiciones de posibilidad de circulación de lenguajes y de saberes. Que todo ello, por lo tanto, hace que el trabajo científico sea una aventura, una secuencia infinita de preguntas, una continua revisión de leyes y de certezas.

Presenciamos, por otra parte, la crisis de los sistemas de clausura y deterministas, no porque su lógica formal —coherente a ultranza— haya sido revaluada en el laboratorio idealista de cierto lenguaje estructural, sino porque los duros acontecimientos históricos, lo imprevisible de las actitudes individuales y colectivas, la cultura, hicieron que esos modelos estallaran. En el caso del bandolerismo, en oposición a la ciencia que busca leyes inmutables y diseña generalizaciones sin importar pluralidades, encontramos discontinuidades permanentes; diferencias que impiden hacer una "teoría general del bandolero" (1); comportamientos que son inexplicables a la luz de conceptos globalizantes: "*derrumbe parcial del Estado*"; "*crisis de la hacienda*"; "*erosión del modo de producción capitalista*"...


El fracaso de los estudios de la violencia tiene como origen, precisamente, el desarraigo con los valores y el "*sensorium*" de la multitud. Claro, fueron aportes académicos importantes, en la medida en que sistematizaron una cantidad infinita de datos y trataron de explicar conjuntos de tendencias sociales, económicas y políticas. Pero hasta ahí llegaron sus alcances, y olvidaron, de contera, lo más importante en todo drama: los actores.

1. Gonzalo Sánchez, en su libro *Gamonales, bandoleros y campesinos*, (Ancora Editores) busca como fin último construir una teoría general del bandolero, y la ordena en bandidos políticos y bandidos sociales, sin entender —porque no aterriza el problema en la cultura— que nunca hubo dos comportamientos tan diferenciados. Los malhechores colombianos —el modelo de Sánchez es basado en los estudios de Hobsbawm sobre bandidismo inglés— fueron sociales, políticos, míticos y asesinos, todo a la vez.

En este siglo, los colombianos hemos presenciado dos movimientos sociales de profundas raíces culturales: el gaitanismo y el "imperio bandolero".

De los dos sabemos fragmentos, generalidades: que la guerra se hizo incontenible; que el campesino se organizó para la autodefensa; que la prensa liberal y conservadora fue antigaitanista; que hubo pájaros; que, a lo largo de un complicado proceso, las personas empezaron a matarse por liberales o conservadoras, y terminaron poniendo al sistema bipartidista en la encrucijada.

De allí en adelante, vacío inmenso. Una vez más: ¿qué hizo la gente, qué la motivó a seguir a un caudillo y a unos bandoleros? Rescatando lo *elementalmente humano* recobramos la memoria de nuestras actuales incertidumbres.



REVISTA LATINOAMERICANA DE COMUNICACION

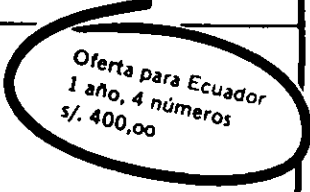
- POR UN NUEVO ORDEN INFORMATIVO
- COMUNICACION ALTERNATIVA
- NUEVAS CORRIENTES TEORICAS DE LA COMUNICACION

- TEMAS DESARROLLADOS POR LOS ANALISTAS MAS REPRESENTATIVOS DE LA COMUNICACION DE AMERICA LATINA Y EL MUNDO.


- INNOVACIONES TECNOLOGICAS Y PEDAGOGICAS
- DEMOCRATIZACION DE LOS SISTEMAS DE INFORMACION

Precios de suscripción:
(Subscription prices)

1 año, 4 números (1 year, 4 issues) Latino América: US \$ 10,00 U.S.A., Europa y Asia: US \$ 20,00	2 años (2 years) Latino América: US \$ 18,00 U.S.A., Europa y Asia: US \$ 35,00	3 años (3 years) Latino América: US \$ 25,00 U.S.A., Europa y Asia: US \$ 50,00
---	--	--



Oferta para Ecuador
1 año, 4 números
s/. 400,00

Enviar cheque a: CIESPAL, Apartado 584,
(Send check to) Quito - Ecuador
 

Si requiere más información, dirijase a CHASQUI, apartado 584, Quito, Ecuador.